

do diferentes polaridades: Ytapé, pueblo colonial, Sapukai, pueblo nuevo, dos Cristos: Gaspar Mora, contemplativo, Cristóbal Jara, el redentor en la tierra, hombre de acción, son ejemplos entre otros.

El entretejido de memorias

Como escritor que no puede trabajar la materia de lo imaginario, sino a partir de la realidad, siempre creí que para escribir es necesario leer antes un texto no escrito, escuchar y oír antes los sonidos de un discurso oral informulado aún, pero presente ya en los armónicos de la memoria.

Roa Bastos

La dialéctica de la propuesta escritural de Roa Bastos, del cruce de la subjetividad individual y la vida social, se plasma en la construcción de la historia en *Hijo de hombre*, yuxtaponiendo dos tipos de memoria: la memoria oral (Macario Francia) y la escrita (Miguel Vera) con las cuales se (re)construye un amplio período de la historia del Paraguay, utilizando como soportes la memoria personal y la memoria colectiva, que dialogan intertextualmente con la historia del referente (contexto histórico).

Yo era muy chico entonces. Mi testimonio no sirve más que a medias. Ahora mismo mientras escribo estos recuerdos, siento que a la inocencia y a los asombros de mi infancia, se mezclan mis traiciones y olvidos de hombre, las repetidas muertes de mi vida. No estoy reviviendo estos recuerdos, tal vez los estoy expiando (pág. 12).

Quien recuerda es Miguel Vera, desde su mirada y vivencia de adulto, que recupera fragmentariamente momentos de su pasado. Escribe «expiando» para borrar o clarificar la mala conciencia de sus «traiciones», de haberse alejado del camino señalado cuando niño por Macario Francia.

El hombre, mis hijos —nos decía—, es como un río. Tiene barranca y orilla. Nace y desemboca en otros ríos. Alguna utilidad debe prestar. Mal río es el que muere en un estero... (pág. 13).

En estas palabras, Macario inscribe la finalidad de la vida de los personajes —la tarea de la solidaridad—; en la novela éstos se dividen en héroes que «desembocan en otros ríos» (Gaspar Mora, Casiano y Cristóbal Jara) y aquél «que muere en un estero», el antihéroe Miguel Vera.

Por otra parte, Macario Francia en la novela representa la memoria oral o en palabras de Roa Bastos «el texto ausente» (bilingüismo de la cultura paraguaya); él mantiene la tradición oral, sus leyendas, mitos, y conoce la historia del pueblo.

Lo escuchábamos con escalofríos. Y sus silencios hablaban tanto como sus palabras. El aire de aquella época inexcusable nos salpicaba la cara a través de la boca del anciano. Siempre hablaba en guaraní. El dejo suave de la lengua india tornaba apacible el horror, lo metía en la sangre. Ecos de otros ecos. Sombras de sombras. Reflejos de reflejos (pág. 13).

La incorporación de los relatos de Macario Francia —«la memoria viviente del pueblo»— permite a la narración de Miguel Vera la reconstrucción de la historia del Paraguay, que abarca desde la dictadura del Supremo, y posterior a la Guerra de la Triple Alianza.

Macario atravesó de punta a punta el horror de la hecatombe que duró cinco años, hasta la derrota de la última espectral guerrilla de López en Cerro Korá (pág. 17).

Lo que escribe Miguel Vera es su testimonio de la Guerra del Chaco, además de momentos autobiográficos, que son la continuidad «del horror», la pesadilla de un país que ha vivido continuamente en guerra. De este modo él enlaza el marco extratextual —la historia real— con la ficción. Revelando los silencios de la historia oficial, utilizando para ello sus recuerdos personales, urdidos de otras voces, la tradición que hereda por Macario Francia. Así la historia es recuperada en los héroes anónimos, que no quedan inscritos en los textos que reseñan las grandes fechas; de ahí que la escritura de Miguel Vera se transforma en la memoria escrita y reproduce la modalidad escritural de Roa Bastos que anteriormente hemos citado: «Leer antes un texto no escrito», que Miguel Vera conoce en los relatos orales de Macario Francia.

Y bien, ese cráter hubo que rellenar de alguna manera. En veinte años el socavón se recubrió de carne nueva, de gente nueva, de nuevas cosas que sucedían. La vida es ávida y desmemoriada (pág. 132).

Pero no todos olvidaron ni podían olvidar.

A los dos años de aquella destrozada noche, Casiano Jara y su mujer, Natividad, volvieron del yerbal con el hijo, cerrando el ciclo de una vida sin tregua (pág. 133).

Así, mediante saltos cronológicos, Miguel Vera va introduciendo nuevos episodios, que van dando continuidad a su relato del rescate de la vida de los héroes anónimos, en oposición a su conducta pasiva y sus traiciones. Se integran personajes involucrados en las acciones directas como es el caso de Cristóbal Jara, que amplía la tradición de rebeldía de su padre.

Hemos señalado antes que en la narración, Miguel Vera está como protagonista u observador; en su condición de observador, elabora su testimonio a través de otras versiones, cuando reconstruye momentos en que él estaba ausente del pueblo: «Esto fue lo que más me llamó la atención cuando a mi regreso a Ytapé, después de tanto tiempo, casi como un extraño, comencé la tardía indagación de los hechos» (pág. 263). Este recurso ayuda al lector a descubrir las marcas de la enunciación de los materiales con los cuales Miguel Vera elabora su testimonio.

Los momentos finales de la novela corresponden a la otra versión de la historia oficial, la del regreso de los excombatientes, alienados por una guerra que no ha resuelto nada; se encuentran con sus casas y tierras abandonadas y con el presentimiento de un futuro incierto.

Algo tiene que cambiar. No se puede seguir oprimiendo a un pueblo indefinidamente. El hombre es como un río, mis hijos..., decía el viejito Macario Francia. Nace

y muere en otros ríos. Mal río es el que muere en un estero... El agua estancada es ponzoñosa. Engendra miasmas, de una preciosa locura. Luego para curar al enfermo o apaciguarlo, hay que matarlo. Y el suelo de este país está bastante ocupado bajo tierra (pág. 278).

La narración de Miguel Vera queda abierta y se nos informa de los últimos acontecimientos a través de Rosa Monzón, las circunstancias de la muerte de Vera, la recuperación de las hojas de su testimonio, más datos que ayudan a la comprensión de la personalidad del protagonista y la razón por la cual ella desea publicar los manuscritos.

Después de los años, en estos momentos en que el país vuelve a estar al borde de la guerra civil entre oprimidos y opresores, me he decidido a exhumar sus papeles y enviárselos, ahora que él no puede retractarse, ni claudicar, ni ceder. Los he copiado sin cambiar nada, sin alterar una coma. Sólo he omitido los párrafos que me conciernen personalmente, ellos no interesan a nadie... (pág. 285).

Los testimonios de Miguel Vera y de Rosa Monzón guardan una relación intra y extra textual; uno escribe para expiar, en él la escritura es una forma de purificar sus traiciones, la incapacidad de la acción, se integra o contribuye al río de que habla Macario, desde su testimonio, mediante la memoria escrita; con su recuerdo rescata a los héroes anónimos. En ella —exhumar— al recuperar los manuscritos y con su publicación, ayuda a que los sucesos narrados no se pierdan en el olvido y sirvan de comprensión a la tragedia del pueblo paraguayo, presagiando los nuevos signos de la pesadilla belicista.

La escritura liberada

Es ahora cuando la escritura, liberada de sus espejismos formales, está haciendo subir «el fondo a la superficie»: es decir, la realidad del hombre, de la sociedad y de la historia a la irrealidad de sus signos.

Roa Bastos

Retomamos ahora conjuntamente el artículo comentado anteriormente, de Roa Bastos y el análisis realizado de *Hijo de hombre* para establecer los puntos de relación entre la teorización de la literatura y su práctica escritural.

Como hemos visto, la literatura paraguaya posee características particulares en comparación a la de los otros países de Hispanoamérica, en especial su narrativa. Esta situación Roa Bastos la ha descrito como una cultura «sin pasado literario». De ahí que los escritores paraguayos que trabajan tanto en el exilio interno como externo, sugiere que deben dar cuenta en su escritura de una realidad lingüística doble, en los textos escritos en castellano se debe incorporar la oralidad, transmitir su cosmovisión mítica, de una cultura milenaria que sobrevive paralelamente a la lengua dominante; ello se traduce en expresar la experiencia del hombre como una búsqueda de su identidad individual y social, en el contexto de una cultura dependiente, colonizada y represiva.

El escritor paraguayo, consciente de las contradicciones, dicotomías y escisiones de su sociedad, no tiene otra salida que enfrentarlas y desde ellas generar su texto imaginario; sus representaciones deben alimentarse de la energía social, revisión que pasa por desenmascarar los valores y directrices de la cultura dominante, tales como la postulación de la autonomía de la obra literaria —creadora de otra realidad— y negadora de la realidad histórica; por el contrario, Roa Bastos manifiesta que la construcción del texto imaginario es el resultado de la dialéctica personal y de la vida social.

También constata que en la actual producción de la literatura hispanoamericana se da como constante el género de las crónicas, que manifiestan una relectura de la historia. «Las narraciones más significativas asumen este carácter de crónicas del proceso de liberación (en todos los planos: cultural, político, social, comunicacional) que se escriben en la conjunción focal de historias, realidad e imaginación»¹². Liberación que pasa por la desmitificación de la forma. «De lo que se trata entonces es de que el mito formal de la libertad sea reemplazado por la imaginación auténticamente liberadora y que el universo imaginario, más libre y creativo que nunca, emerja de las fuerzas mismas de la realidad y de la historia»¹³.

¿Cómo se manifiesta la escritura liberadora en *Hijo de hombre*? Ya lo hemos anticipado de alguna manera. La relectura de la novela confrontándola con las ideas teóricas de su autor, nos permite descubrir en ésta una práctica escritural, que se manifiesta en los diferentes elementos de la construcción de su imaginario.

El predominio de la estructura dual de *Hijo de hombre*, es símbolo y metáfora de la sociedad paraguaya; las dicotomías sociales, lingüísticas, políticas y culturales están expresadas en la novela, interrelacionada los aspectos históricos e imaginarios como una práctica de la propuesta de la dialéctica de lo personal y lo social.

La escritura de *Hijo de hombre* se proyecta en actividad liberadora en la medida en que testimonia las contradicciones de la sociedad paraguaya y desmitifica las versiones de la cultura dominante, introduciendo una lectura compleja mediante el entrecruzamiento de relatos que reintegran la historia a la ficción.

Esta modalidad será un precedente para el trabajo de los escritores más jóvenes. Ejemplo de ello es Isabel Allende en *La casa de los espíritus* que reproduce la estrategia textual de *Hijo de hombre*; recuérdese la finalidad de sus escrituras, que se manifiesta en los epílogos de ambas novelas.

Alberto Madrid

¹² Roa Bastos: Op. Cit, pág. 136.

¹³ Roa Bastos: Op. Cit, pág. 138.